



CAPÍTULO IV

UNA PREDECESORA DE AGRIPINA

— Nos extrañamos — decía Persio en la reunión de poetas y estoicos — de que una madre personifique todo el imperio romano, la madre de Nerón, cuando una madre personificó todo el imperio medo-persa, la madre de Jerjes. En aquel eterno y horrible y gigantesco combate entre Grecia y Asia, terminado por las victorias de Maratón, Platea y Salamina, vence, no sólo el genio griego, el genio humano, á las viejas tiranías y á las antiguas castas. Mientras viva el hombre, mientras la historia conmemore los humanos hechos ¡ah! tres palabras, expresivas de tres combates, significarán el predominio de la idea sobre la fuerza, envaneciendo y ufanando á la humanidad como ninguno de sus timbres. El imperio persa, representante legítimo del Asia, muy legítimo y muy verdadero, se había compuesto en términos de allegar todas las tierras históricas, lo que podríamos llamar el viejo mundo entonces, y extender su mano sobre lo que podríamos llamar el nuevo mundo, las colonias diversas del territorio y mar helénicos. Los dos ríos, el Tigris y el Eufrates, parecían dos cintas de la toga vestida por aquel imperio; servíanle de diadema las altísimas cordilleras elevadas en las mesetas centrales del continente asiático, donde radicaban los gérmenes de todos los pueblos y ascendían los troncos del humano

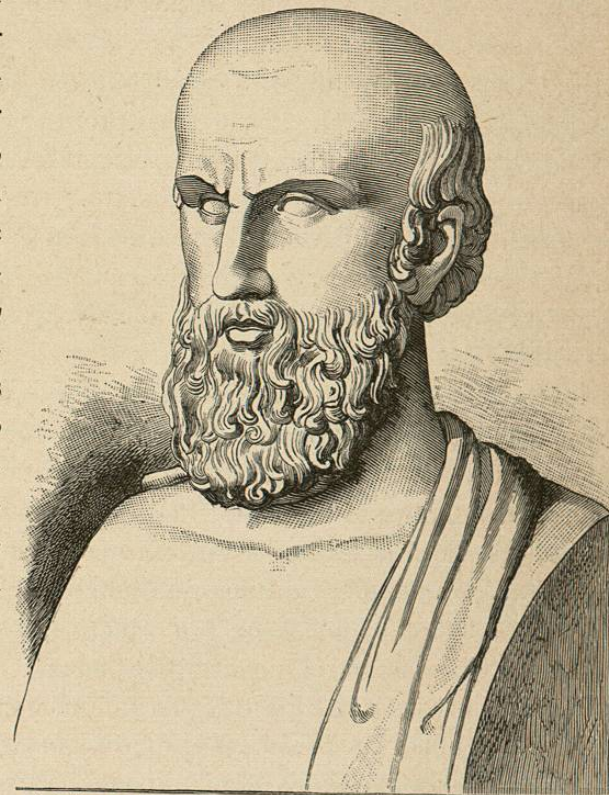
linaje; contaba como límites fantásticos puestos á su extensión desmedida y rodeados por el cielo de arreboles, por el pensamiento de fábulas, el Indo y el Nilo, cargados de dioses; entraban como piedras preciosas de su cetro, entre tantos joyeles, el mar Caspio, el mar Negro, el mar Rojo; á un lado los golfos índico y persa, mientras por otro lado los golfos del Asia Menor y de la Jonia; en la legión de sus soldados, cien reyes vencidos como los de Lidia y Egipto; entre sus cortesanas, Jerusalén, Babilonia, Nínive, Menfis, Bactrias, las ciudades que habían delectado las estrellas en el cielo y las ideas en el espíritu; al extremo occidental de tan grandioso Estado, las islas más hermosas del Mediterráneo, como tantas otras nereidas que mecían sus ensueños con melodiosos cánticos y le llevaban por doquier tributos de perlas y corales; en fin, su espada la guadaña del tiempo, su báculo el cetro de la tierra, medio manto suyo el mar y otro medio el desierto, el sol su tiara y sus compañeros los dioses. Esta inmensidad, apenas creíble, de tierra sujeta por el destino fuertemente á un hombre, significaba el imperio antiguo con toda su majestad, la fuerza como ley, la materia como dios, la conquista como instrumento, el despotismo como conservación de la conquista, el comercio trastocado en tributo pagadero á un hombre solo y omnipotente, la ciencia comentario de su palabra, el arte música deleitando aquellas divinas orejas, la religión sombra de su alma, el sacerdocio cómplice por la teocracia de su tiranía, los pueblos su rebaño, los dioses dorando su corona y sosteniendo su cetro para que tuviese la incontrastable perennidad y firmeza de los altares y de los templos perdidos en las alturas infinitas y ufanos de su eternidad. ¿Quién podía resistir á un mundo así, levantado sobre las espadas de cien ejércitos victoriosos y ungido por la magia de cien teocracias sortilégicas? Ninguna de las entidades varias, representantes del principio de diversidad en aquel entonces, pudo contrastar la vasta fuerza del imperio pérsico. Los vasos del templo de Salomón brillaban en las orgías de sus palacios y los profetas de Jerusalén cantaban en el coro de sus adivinos. Parecían como animalejos domésticos de sus jardines y corrales aquellos genios egipcios con cabezas de perros y de grullas. Las estrellas de Caldea semejábanse á favoritas y sultanas de los serrallos de Susa. El arco de los indios vibraba en el ejército

medo-persa y en la cohorte de los sacerdocios estaban también los primeros reveladores del cielo espiritual. No se dejaba discurrir por los horizontes un aerolito sin que fuese á narrar allí sus secretos, ni volar por las selvas un ave que no les dijese á los señores del mundo algún augurio. Los barcos lanzados por los viejos ríos asiáticos y los descubridores audaces de las colonias griegas debían pagarle tributo y compartir con aquel inmenso imperio la porción mayor de sus cambios. Él significaba, ya lo hemos dicho, la tiranía, la casta, la teocracia, la esclavitud eterna consagrada y unguada por una religión sortilégica de magos y hechizeros, donde predominaban la materia con la fuerza y se creía en el poder de los encantamientos, de los hechizos, los cuales postraban el alma en una continua inercia y la sumergían en sueños propios para mantener allí la raíz eterna de toda perdurable servidumbre. ¿Qué hubiera sido, qué, del mundo, de la humanidad, de la ciencia, del derecho de las sociedades todas, á perpetuarse aquel inmenso Estado, cuya base radicaba en las entrañas del planeta y cuya cúspide se perdía en la inmensidad de los cielos? Precisaba romper aquella corona que hacía con su contacto en las sienas una momia de la mísera humanidad. Precisaba romper aquellos altares, de cuyas aras pendían las cadenas bajo las cuales se paralizaba, para todo movimiento y por ende para todo progreso, la humana inteligencia. El pueblo que iniciara tal obra debía quedar entre todos los pueblos del mundo y hasta la consumación de todos los siglos como el pueblo bienhechor de la humanidad. Por eso, lo hemos dicho cien veces y lo corroboramos en este supremo instante, Maratón, Platea y Salamina, no sólo representan el triunfo de Grecia sobre Asia, representan el triunfo de la libertad humana sobre todas las tiranías seculares é históricas.

— Tienes razón, Persio — dijo Lucano, — tienes razón en cuanto dices. Agripina tuvo predecesores. Representemos el mundo que se va, el Oriente antiguo, en una mujer, en Atossa. Casualmente por ella, por su influjo, el mundo asiático se revolvió contra el mundo griego, quedando la victoria de la parte de este último, que representaba con tan múltiples timbres al género humano y al humano derecho. Atossa fué hija de Ciro, el fundador de tan vasto imperio como el persa; esposa de Darío, el vencido en Maratón;

madre de Jerjes, el vencido en Platea y en Salamina. Mujer de Persia por su origen y por su nacimiento, es mujer de Grecia por haberla tallado en su mármol pentélico aquel buril del titán Esquilo, forjado en las primeras llamas del pensamiento. Esquilo, cuyo genio recordaba, por los resplandores despedidos de su luz y por la vida desper-

tada en todo al calor suyo, la centella divina robada por Prometeo del cielo y puesta como un astro sobre la frente del hombre; Esquilo, el primer trágico griego, ha presentado, por uno de los milagros al genio tan sólo concedidos, una feliz mezcla del amor maternal como debían sentirlo en todos tiempos las entrañas de una mujer griega, y de la soberbia verdaderamente asiática, tal



Esquilo

como debía experimentar la una reina de Persia. Estatua inmensa, levantada entre la poesía épica y la poesía dramática, el corte de tan sublime poeta, que nos ha trazado la imagen de Atossa, como tiene mucho de los tiempos hieráticos y de los tiempos humanos, tiene mucho también del Asia que se va y de Grecia que se acerca. Soldado ilustre de las guerras médicas, debe consagrarles su pluma, cual les ha consagrado también su espada. Y en los senos de su obra inmortal se descubre, con toda la grandeza del suceso que menciona, toda la grandeza del genio que lo canta. No busquéis en Esquilo aquel

interés dramático encontrado en sus dos ilustres y perfectos sucesores Sófocles y Eurípides; el drama intrincadísimo é interesante no existe ni puede existir todavía en los tiempos del titán Esquilo. Genio épico por excelencia el genio de tan grande poeta, sus dramas parecerán fragmentos ciclópeos de cíclicos poemas. No había en ellos el nudo trágico ni el argumento interesante de las tragedias posteriores, pero había un soplo creador como el que anima con su vital espíritu al universo y como el que los astros encienden con su luz. Por esto mismo la pobreza del argumento dramático se halla compensada con la hermosura del estro lírico y con la fuerza épica y sublime verdaderamente. Los persas del gran poeta pueden llamarse una verdadera colección, ó antología de versos consagrados á las guerras médicas, muchos de ellos tan sublimes como los que inspiraron aquellos mismos sucesos á poetas como Simónides y Píndaro.

— La escena pasa en Susa — dice Persio. — El palacio de los reyes persas brilla como una ciudad inmensa donde se reúnen y congregan todos los representantes de las sociedades babilónicas. En el foro se descubre la tumba de Darío. Al iniciarse tan grande acción, el coro señala en sus estancias maravillosas la presencia en aquel sitio de una cohorte ó legión llamada de los fieles ó adictos, la cual cohorte ó legión tiene por objeto gobernar el imperio en ausencia de su dueño y conservarle sumisos desde los esclavos hasta los dioses. Hanse partido los héroes más ilustres y quedándose como viudas las hermosas mujeres persas. Por todas partes, en aquel sitio, donde antes hervían y resollaban los placeres, óyense ahora lloros de huérfanos, lamentos de viudas, porque no ha quedado ningún rey en su trono y ningún general en su cuartel, idos á una en pos del triunfo á Grecia. La tierra, bajo el peso de sus armamentos, ha gemido y estremecídose como de terror. El mar se ha cubierto con la sombra de sus velas. No ha sido un ejército el que ha marchado, no; ha sido un pueblo entero. Mas el persa no maneja sino el arco, mientras el griego vibra lanza de hierro, semejante á un eléctrico rayo del cielo; el persa pertenece á la estirpe de los súbditos y el griego pertenece á la dignidad de los ciudadanos; el persa lleva consigo cien naciones varias, desde los que beben las aguas del Oxo hasta los que beben las aguas del

Nilo, mientras los griegos se componen de una confederación en la cual entran solamente los jonios y los dorios, razones todas por las que reina en aquel momento una grande inquietud por los senos de Susa, y temen los fieles y adictos pueda caer sobre su frente y apenar su vida una gran desgracia. En medio de tales temores, carro de oro aparece, y en él mujer semejante á sobrenatural diosa brilla ornada con todos los atributos de la majestad regia. El carro es una sede imperial, y la mujer Atossa. Los lamentos oídos, lamentos sobrenaturales que se dirían exhalados por la sombra de los progenitores persas, la traen al sitio donde se reúnen los fieles y le sugieren preguntas en las cuales palpitan la inquietud y el sobresalto. Atossa no puede menos que sentir allá en su alma la punzada terrible de un remordimiento agudo, porque, feliz su hijo y soberano Jerjes en el trono de Asia, bien hallado con su dominación y poderío, no intentaba sacudir aquel sueño voluptuoso ni entrar en guerra ninguna, cuando ella, su madre, de la real sangre persa, hija de Ciro, esposa de Darío, le movió á nuevas conquistas y le empeñó en la tremenda lucha. He ahí una semejanza, que nadie podrá desconocer, entre Atossa y Agripina: el que una y otra, mujeres de grandes emperadores, dirigen á su antojo los hijos de sus entrañas en la gobernación y los impelen hacia donde creen ellas mejor, como si toda la vida los llevaran dentro de sí mismas y no pudieran de sí apartarlos.

— Ocurre á las ausencias de Jerjes y provee á las necesidades generales de su imperio como pudiese una verdadera Semíramis. — Séneca dice. — Delante de las riquezas aglomeradas por el curso de las edades y por el golpe de las conquistas en aquellos palacios asiáticos, experimenta cierta inquietud material su reina, pensando cuánto hace que le faltan las miradas pródidas y los cuidados seguros de su dueño y señor. En tal estado y situación de ánimo innumerables sueños asaltan su alma y le describen como de relieve la mar y la tierra de Jonia con las armadas y las legiones de Jerjes. Mas entre tantos ensueños, envíos indudables de los dioses, secretos rotos de las cosas, augurios y presagios de los tiempos, uno ha fijado especialmente su atención soberana. Dos mujeres, dos hermanas, á cuál más bella, se le aparecieron tras los cerrados párpados, en las incertidumbres del insomnio parecido á un cre-

púsculo que mezclara luces con sombras, sopores con vigilias. Una de aquellas mujeres llevaba túnica de roja púrpura y corona de luciente oro como las persas, mientras llevaba la otra el traje de lino y la corona de adelfa que distinguen á las mujeres dorias. La emperatriz oriental reconoció en ambas hembras, al considerarlas hermanas, un parentesco antiguo que ha confirmado la historia después con sus reveladoras experiencias. Un litigio intelectual se trabó entre las dos mujeres, y Jerjes quiso resolverlo, atándolas con correas idénticas de las que ciñen á las siervas, atándolas en su trono de oro y en su carro de guerra. La mujer oriental ó pérsica lleva el freno glorioso que le ha puesto su monarca, no sólo con paciencia, con gusto; pero la doria, encabritándose como una yegua indómita y rompiendo con sus dientes un freno que no ha querido tascar, derriba carro de guerra y trono de oro por el suelo. A este presagio Atossa creyó de su deber una inmediata práctica de las ceremonias dispuestas por las liturgias antiguas para conjurar los presagios adversos. Y mientras bajo un arbusto sagrado, al borde claro de una fuente mágica, se lavaba las manos para presentar sobre los altares las ofrendas y sobre las aras los toros, un águila cayó de golpe sobre la cabeza del santuario consagrado al sol, y cuando el águila parecía enseñorearse, como reina en solio, de aquel sitio, cruel milano la sorprende, la agarra entre sus uñas, la ciega primero, la trucida luego, esparce á los cuatro vientos su cuerpo en pedazos que chorean sangre, difundiendo así, con tales signos de horror, el siniestro anuncio de una inmediata catástrofe.

— ¡Ah! Los adivinos se reúnen — añade Lucano — á tal presagio y aconsejan libaciones sacras que impidan ó alejen su cumplimiento inmediato. Hechas éstas, Atossa quiere indagar por sí misma las resistencias que puede ofrecer á su hijo una ciudad como Atenas. Corto su ejército, escasos sus recursos, estrecho su territorio, pocos en fuerza y número, aunque los escudos tras cuya resistencia se guarecen y las lanzas con cuyos filos combaten les presentan grandes recursos, no está, no, aquí el secreto de su particular índole y carácter; está en que ningún rey conocen que los mande como general en su ejército, ni de ningún mortal son ellos, no ya esclavos, pero ni siquiera súbditos. Esta particularidad, que debía conmover

profundamente á la reina persa, mostrándole dónde se hallaba la raíz del seguro laurel que iban á recoger en las riberas de Salamina y en las llanuras de Platea los griegos, verdaderos hombres libres, la cegó como ciegan siempre á la razón pura las supersticiones sombrías. Nacida en Asia, tierra de las castas; educada en religiones donde las estirpes de jerarquías enormes se levantan sobre las espirales de privilegios enormes también; hija de un conquistador que había encerrado las razas y las gentes en su imperio como se recluyen en corrales y apriscos los ganados; esposa y madre de conquistadores también; acostumbrada para que la sigan y la obedezcan á tener el sacerdote á un lado y el verdugo á otro, ante sí la muchedumbre de todos los dioses, el palacio templo por vivienda, el trono altar por sede y el cielo por cómplice, no puede comprender que los enjambres tengan monarca en sus colmenas y no lo tengan los hombres en sus ciudades, por lo cual cree la cuitada, ignorante de la libertad y del derecho, que la derrota será para quienes carecen de la monarquía y están por ende faltos de dirección y de defensa. El coro antiguo, que representa siempre allí en el teatro griego una conciencia colectiva, superior á los individuos, viene con oportunidad, en el momento de darse la reina con ardor á sus insensatas esperanzas, recordándole cómo tampoco tenían rey, tampoco aristocracia, tampoco generales designados por los privilegios del nacimiento, cuando allá en los campos de Maratón vencieron al esposo de Atossa, Darío, encerrando en esta victoria un precedente quizás para vencer hoy á Jerjes.

— Aún el coro — dice Persio — no ha concluido en sus magníficas estancias de asegurar esto, cuando ya un mensajero llega desalado al palacio, gimiendo sin tasa y sin medida en su dolor al contar desesperado á los objetos mismos sin animación y sin vida el triste caso que acaba de acontecer á las ciudades del Asia, resplandecientes no ha mucho como estrellas en la noche y viudas ahora de sus heroicos esposos, pues la flor de los persas se ha helado como la flor del almendro en sus brotes prematuros, y las naves de los persas se han sumergido en lo profundo como piedras, porque los arcos no han bastado á contrastar las lanzas, y la grande monarquía del Asia se ha destrozado al choque tremendo con las diminutas repúblicas de Europa, cual una sólida roca enorme

que se derrumba y se deshace al abrazo de una ligera y vaga ola coronada por tenues espumas. Mientras el mensajero llenaba los aires de aquellos palacios con sus sollozos, que iban á herir las viejas divinidades mismas sobre sus aras, Atossa, pálida, muda, semejante á funeraria estatua, le preguntaba por el nombre de los muertos, sin atreverse á creer que pudiera encontrarse por algún modo su Jerjes, su hijo, entre ellos, cuando al infortunio debía preservarle su propia dignidad y los furios celestiales. El mensajero, comprendiendo á las claras todos los motivos que tenía la reina de los persas para no preguntarle por el fruto de sus entrañas, la serenó diciéndole cómo Jerjes vivía, pero entre cadáveres, entre sombras, tendido sobre las tablas de sus naves destrozadas y sobre los despojos de sus rotas desgraciadísimas. El rey, jefe de diez mil jinetes, cayó sobre las escarpadas rocas de Silenia; rodó el heroico Dadaces de una lanzada desde los riscos á los mares; los héroes de la vieja Bactria se hundieron en las ondas que lamen la isla de Aya; el nubio, que venía desde las fuentes del Nilo á las riberas de Grecia y que semejaba un genio de la noche, se desvaneció como sombra; pasaron cual pasan las nubes los treinta mil caballeros de Matallo; los sacerdotes, como Artames y Arabo, destilaron sangre por todos los pelos de sus purpuradas barbas; los príncipes de Silicia cayeron á una en el polvo de tanto combate, y los reyes de Asia concluyeron perseguidos y acosados como perros con rabia. Mil navíos se perdieron en las ondas. Y el número inmenso de los esclavos no pudo resistir á la legión de los libres. Ante un contraste semejante, Esquilo, profeta de la humanidad, pone una palabra en los labios de Atossa, que formula y compendia maravillosamente la causa trascendental de aquella victoria obtenida por los pocos sobre los muchos, pues los pocos eran libres, y solamente los libres son hombres.

— En efecto — dice Lucano, — la descripción que da el mensajero de las victorias obtenidas por los griegos en Salamina demuestra y confirma la sentencia que se deduce de todas cuantas palabras dice Atossa. Sobre la fuerza de aquellos ejércitos innumerables y sobre la majestad sacra de aquellos reyes soberbios, se levanta la idea, sí, la idea de patria, la idea de libertad, la idea de república, vencedoras de todos los mecanismos antiguos, rompiendo el cetro de la fatali-

dad sobre la frente de los ídolos. Y esta idea se revela principalmente bajo la forma de arte. Y, en efecto, los pilotos griegos parecen estatuas; las legiones colocadas en cada nave, grupos debidos al buril, como las esculturas de sus templos; el viento que llena las olas, soplos de ideas; el cielo que los cubre y las aguas que hierven bajo sus quillas parecen animarse al éter y al calor de un espíritu. Antes de requerir las armas requieren la poesía, y cuando ya se avecinan al enemigo y ven cerca la muerte, los remos se alzan y caen como á la cadencia de una música, y sacro himno elevado al son de las trompetas convierte á todo el ejército en inmenso coro, el cual inflama los ánimos y les dice cómo no hay suerte superior á la del que muere cara á cara contra el tirano asiático por la libertad y por la patria. La tragedia del gran Esquilo, después de haber pintado esta victoria de la idea sobre la fuerza, no se desdeña de contar, bien realistamente por cierto, la persecución á los persas rotos por los griegos vencedores, quienes acaban sus enemigos á remazos como el pescador acaba con los atunes que han entrado en sus redes y laten y saltan bajo sus barcas. Jamás en un solo día muriera sobre la tierra tanta gente. Un siglo no se lleva en su curso los mortales que se llevaron aquellas horas del infortunio persa. Así Jerjes, puesto sobre una colina desde cuya cumbre observa todo el ejército, viéndolo caer como espigas á la hoz, como robles al huracán, desgarras sus regias vestiduras y lanza un sollozo que parece como un sollozo de toda el Asia. No pueden referirse las tristezas de los sobrevivientes que han quedado esparcidos por las aguas, como si fueran restos de un naufragio, y los dolores de aquellos que han debido por la extremidad de la isla Eubea, por las llanuras de la Tesalia meridional, por las riberas del Axio que riega Macedonia, por Tracia y sus desiertos, ganar los territorios del imperio, dudando al verse tan afligidos, acosados y hambrientos en aquella retirada inacabable, si realmente quedaban para los persas dioses en el cielo.

— Y tenían razón — observó Séneca — para quejarse. La descripción de la retirada persa está hecha en Esquilo por modo bien escrupuloso, á diferencia de las descripciones geográficas que pululan en el Prometeo, sacadas todas generalmente de la fantasía del poeta. Esquilo persiguió á los persas en su fuga y holló las